

¿PARA QUE SIRVE LA TEORIA DE LA HISTORIA?

Jaime Collazo Odriozola.

1. HISTORIA, CIENCIA, EPISTEMOLOGIA

Toda ciencia ha comenzado por una práctica, muchas veces espuria. Los obstáculos que obstruían el camino hacia los objetos propuestos, obligaron, primero a los mismos ¿Pseudo? científicos y luego a quienes deseaban valorar el resultado de sus esfuerzos, a examinar detenidamente los pasos realizados durante la investigación, procurando asignarles a cada uno un valor cognoscitivo. Con el desarrollo de algunas de las ciencias naturales y la especialización que ello trajo aparejado, la importancia de la teoría de la ciencia en general y de cada ciencia en particular, alcanzó su máximo desarrollo en nuestro siglo, testimonio de lo cual es su introducción en la totalidad de las Universidades modernas y el surgimiento de escuelas epistemológicas colectivas que, sintomáticamente, ya no son designadas con el nombre de una personalidad destacada, sobre cuyos hombros recayó la tarea de la exposición sistemática y global del marco teórico referido. El "Círculo de Viena" es un relevante ejemplo de lo dicho.

En los primeros tiempos del desarrollo del saber, la investigación y el estudio de temas que en nuestro tiempo consideramos propiamente científicos, no estaba diferenciado de la especulación más amplia e incierta sobre aspectos religiosos o metafísicos, y aún de finalidades que a nuestros contemporáneos parecen adulteradas. Mucho esfuerzo y análisis teóricos fueron necesarios para que de la astrología se separara la astronomía, de la alquimia la química y así sucesivamente. Tampoco la teoría corría por cuenta de hombres diferentes a los que se dedicaban a la práctica científica. La "multidisciplinaria" (como diríamos ahora) era la norma. Para auto-designarse, estos hombres acuñaron la palabra "filósofos" que entre los griegos antiguos, sus creadores, significaba "amante de la sabiduría".

Mucha agua pasó bajo los puentes desde los tiempos del apogeo jónico y la hegemonía ateniense, y muchas disciplinas reclamaron su autonomía y se desgajaron del tronco de la filosofía, lo que provocó un cambio de significado importante del vocablo. Con todo, a pesar de la gran variedad de definiciones que se han dado modernamente, podemos extraer un denominador común,

según el cual lo propio de la filosofía sería el estudio de problemas teóricos universales.¹ Esta circunscripción determinó que, a medida que cada ciencia iba cobrando autonomía plena y personalidad diferenciada, el cordón umbilical que la mantenía unida a su antigua madre, estuviera constituido precisamente por los aspectos teóricos generales de la misma. Los filósofos siguieron reflexionando sobre la naturaleza, la calidad gnoseológica y el sentido de la actividad científica cuando los científicos ya estaban reclamando su prioridad también en ese terreno. Así surgen dos nombres para una misma disciplina que generalmente nos permiten adivinar el origen profesional del autor que los usa.

Filosofía de la Ciencia va a ser la denominación preferida por quienes se han formado en el estudio de la filosofía y "Teoría de la Ciencia" titularán sus reflexiones quienes recibieron su formación básica en algún saber científico. Claro que esto es solamente una tendencia.

Buscando una síntesis idiomática, comenzó a difundirse el término "Epistemología" como fórmula acéptica y equidistante que unificara el nombre de las reflexiones del mismo tipo y que sin excederse en el rigor de la precisión, el diccionario de la Real Academia española de la Lengua define como: "Doctrina de los fundamentos y métodos del conocimiento científico".² Modernamente, esta disciplina que surgió como una parte de la "Teoría del Conocimiento," ha comenzado a ser identificada plenamente con ésta por algunos epistemólogos,³ lo que agregaría otro nombre para el mismo tema.

2. TEORIA Y FILOSOFIA DE LA HISTORIA

En el campo de los estudios históricos, el problema tiene un origen ligeramente diferente pero no menos necesitado de fundamentación. Nacida como estudio autónomo, a diferencia de las otras ciencias, tuvo una vida bastante azarosa conociendo también largos períodos de utilizaciones bastardas o ajenas al concepto que hoy tenemos de ella. Al igual que las otras ciencias, no se la puede cultivar sin adoptar previamente ciertos postulados teóricos, pero sí se la puede practicar y de hecho

se la practicó por larguísimo tiempo, sin tener conciencia de esos principios. De allí que, a pesar de su independencia original, también provengan del campo de la filosofía las primeras reflexiones teóricas sobre el quehacer histórico. Pero en este caso el problema se complica porque entrelazada y confundiendo con tales reflexiones, también se desarrolla otra especulación más amplia y menos segura, que trata de extraer de la totalidad del acontecer histórico un sentido profundo, una dirección unívoca o la prueba de la existencia de alguna forma de planificación general elaborada, ora por dios, ora por la naturaleza, ora por alguna otra potencia suprahumana. El descrédito en que cayó la Filosofía de la Historia en el siglo XX, proviene precisamente de esta tendencia de la disciplina. Por ser tan amplio e impreciso el terreno abarcado, terminaba por ofrecer interpretaciones que no podían ser refutadas ni confirmadas y que, poco a poco, fueron siendo expulsadas del campo de la ciencia. Para diferenciar este sentido espurio de la disciplina, del otro, todavía vigente, que se ocuparía exclusivamente de cuestiones ontológicas, gnoseológicas y axiológicas, algunos filósofos modernos, particularmente anglosajones, como William H. Dray y W. H. Walsh⁴ han propuesto agregarles la palabra "crítica" cuando se trate de estudios que pueden ser llamados también "Teoría de la Historia". Para la otra significación, la que "busca encontrar en la historia, en el curso de los hechos, una representación o significado más allá del alcance de un historiador común"⁵ se propone agregarle el término "especulativa".

Tenemos entonces una serie de expresiones ambiguas, no sólo por su significado amplio o aún polivalente, sino también porque en muchos casos, dos o más expresiones están designando exactamente la misma realidad. Esta ambigüedad, que ya veremos que se extiende al vocablo "historia", provocando nuevas combinaciones con las que lo incluyen, se generaliza desde el momento en que muchos polígrafos las usan sin aclarar su sentido. Cuando un autor tiene claro el uso que hace de las palabras y en consecuencia, las maneja con precisión, el sentido con que son usadas se extrae con facilidad de su discurso. Pero en otros casos, lamentablemente muy numerosos, la ambigüedad preside trabajos que no resisten un análisis rigurosos, salvo que se los tome como delibe-

radamente realizados sin sentido lógico.

De aquí en adelante, a los efectos de este artículo, cuando se incluya la expresión "Filosofía de la Historia", nos estaremos refiriendo a la Filosofía ESPECULATIVA de la historia y cuando digamos "Teoría de la Historia" deberá entenderse como Filosofía CRÍTICA de la historia. En otro artículo sobre el significado de la palabra "HISTORIA" volveremos sobre esta diferencia desde otro punto de vista; ahondando en el problema terminológico, rescataremos otro sentido de la expresión "Filosofía de la Historia". Por ahora nos limitaremos a apuntar ciertas posibilidades porque nos son necesarias para seguir adelante.

Si tratamos de establecer una correlación entre lo que sucede con la historia y el problema equivalente entre las ciencias naturales, veremos que los problemas no son exactamente los mismos. Lo que aquí hemos designado con el término "Teoría de la Historia", tendría su equivalente en la expresión "Teoría de la ciencia", "Filosofía de la ciencia" o "Epistemología". Pero la expresión correspondiente a "Filosofía de la historia", recibe allí una designación totalmente diferente, a saber "Filosofía de la Naturaleza", que al igual que la "especulativa" en la historia, se ha desacreditado notablemente en nuestro siglo, y allí donde sigue siendo cultivada es incluida dentro de la metafísica. Por ser más nuevas las reflexiones sobre el quehacer histórico, por haber sido realizadas durante mucho tiempo sin el rigor necesario, por la confusión terminológica y temática y en fin, por haber tenido menos estudiosos que los que enorgullecen a las ciencias naturales y su epistemología, todavía los estudios históricos cargan, en la consideración general, con el lastre de una especulación gratuita que no ha podido relegar al campo de la metafísica general. Aún en nuestros días y a pesar de los demolidores ataques de Lucien Febvre⁶ y otros prestigiosos y auténticos investigadores de la historia, es corriente leer u oír menciones respetuosas para obras tan irrelevantes como "La decadencia de Occidente" de Oswald Spengler, el "Estudio de la Historia" de Arnold Toynbee o de aquellos aspectos más discutibles del sistema filosófico hegeliano que en nada han contribuido o contribuyen al avance de los estudios históricos ni a su perfeccionamiento.

3. LOS PRIMEROS INTENTOS

Manteniendo la correlación anterior, veremos que para ambos campos del saber hay producción por parte de individuos provenientes tanto de la filosofía como del campo científico o historiográfico en su caso.⁷ Sin embargo, si observamos con mayor atención lo acontecido con la historia, veremos que a medida que nos acercamos a nuestros días, aumenta considerablemente el número de historiadores que enfrentan estos problemas y disminuyen hasta casi desaparecer la aportación de los filósofos. Esto tiene su lógica propia. Por una parte, toda ciencia o disciplina ha pasado por un largo período de gestación, durante el cual cualquier no iniciado puede dedicarse a su cultivo con algunas nociones elementales fácilmente asimilables. Es la necesidad de resolver nuevos problemas lo que provoca la reflexión sobre el propio trabajo y la necesidad de sistematizar y fundamentar la metodología empleada.

Los primeros correctores de la física aristotélica en la Edad Media, realizaron su trabajo sobre el método y luego de modificado o ampliado éste, recién aparecieron los resultados nuevos. Así, progresivamente la física se fue "complicando" y diferenciando del conocimiento en general hasta separarse definitivamente y pasar a constituir una ciencia autónoma. Más adelante, la profundización de sus investigaciones traería aparejada la división interna en ramas, proceso que continuando hasta nuestros días, ha producido superespecialistas. En algún momento de este proceso, los conocimientos necesarios para dedicarse a la física se hacen tan vastos que ya no cualquier aficionado puede practicarla con nociones elementales. La dedicación que exige, obliga a posponer cualquier otro interés si se quiere tener éxito. Con las Ciencias Sociales, pero muy particularmente con la historia, no ha sucedido lo mismo. Especialmente en nuestro Tercer Mundo. Hasta el siglo pasado, fueron pocos, comparándolos con los físicos, los historiadores existentes y en general, no se vieron en la necesidad de consignar especialmente sus reflexiones epistemológicas, al margen de consideraciones intercaladas en sus obras "prácticas". Fue la conmoción que se desató a partir de la Revolución Francesa, lo que centró la mirada de los intelectua-

les y políticos en los problemas sociales. El siglo XIX europeo, con toda su inestabilidad social, sus cambios bruscos y sus revoluciones, fue el verdadero parterro de las Ciencias Sociales y de la transformación de la historia en una ciencia. Aunque la disciplina no permaneció al margen de este movimiento, su integración encontró más trabas por ser una disciplina antigua que arrastraba el lastre de varias generaciones de historiadores y filósofos. La primera "adecuación" a las exigencias del método científico se la dio el positivismo. En aquella época la barrera más importante que los epistemólogos encontraron para "encorsetar" los estudios históricos dentro de los rígidos lineamientos de la "objetividad" científica, era el peso de las consideraciones individuales, la desconcertante realidad surgida cuando varios historiadores encaraban un mismo acontecer y no sólo lo interpretaban de manera diferente, sino que incluso destacaban aspectos diferentes del mismo, aún en el caso de haber utilizado exactamente la misma documentación. Buscando eliminar el peso de la subjetividad en los estudios sociales en general y de los históricos en particular, el positivismo desnaturalizó la historia y promovió el empuje de la Filosofía de la historia, ya no sólo en el terreno de la teoría de la historia sino incluso en el de la propia producción historiográfica. Se prescribió como tarea exclusiva del historiador la de establecer los acontecimientos (a los que llamaron hechos) tal y como habrían sucedido sin pretender explicar el por qué habrían ocurrido en esa forma. En esta nueva "división del trabajo", la filosofía asumiría la interpretación sobre la base de los conocimientos producidos por la historia. En definitiva, se reducía el campo de la labor historiográfica al establecimiento de cronologías. Felizmente su predominio intelectual duró poco tiempo y ya a comienzos de nuestro siglo, la escuela francesa reaccionó airadamente por medio de Henri Berr, quien dirigió un grupo, entre cuyos distinguidos miembros se contaron Lucien Febvre y Marc Bloch que, a su vez, congregaron luego toda la escuela de los Annales. Podemos decir que es a partir de este momento que comienza a desarrollarse la ciencia histórica moderna y a perder terreno la Filosofía de la Historia ante las reflexiones de los historiadores sobre su propio trabajo. Correlativamente la historia misma se independiza como

disciplina, ingresa en todos los sistemas de enseñanza y ocupa hoy a más gente de la que haya ocupado nunca antes. Parece suficiente mencionar que de todos los historiadores que han existido desde la aparición del hombre sobre la Tierra, alrededor del 90 por ciento vivieron en el siglo XX y más del 50 por ciento viven aún.

4. HISTORIADORES E "HISTORIADORES"

La historia ha desbordado los ámbitos académicos e innumerable cantidad de individuos, formados en las disciplinas más diversas, le han dedicado un porcentaje considerable de sus esfuerzos, tanto como finalidad en sí mismo, como en función de otras actividades. Los temas históricos (y su correspondiente necesidad de asesoría) han invadido los espectáculos modernos y hoy es posible ver en cine o televisión, programas estructurados exclusivamente en torno a una o varias interpretaciones de un acontecimiento. Sin embargo, esta difusión y vulgarización de la historia implica también riesgos muy importantes que no siempre ha sabido sortear con éxito, porque aparecen como historiadores personas muy persuasivas, buenos escritores, de estilo incisivo, pero sin el manejo metodológico ni la constancia necesaria para desarrollar una investigación rigurosa, ni el conocimiento de los cimientos teóricos que permitan ponderar cada técnica; hombres capaces de defender brillantemente hipótesis audaces, seducidos únicamente por su hermosura, coherencia o racionalidad, sin que su formulación y mucho menos su mantenimiento, pueda sostenerse seriamente sobre la base del conocimiento fáctico acumulado o posible de obtenerse con un trabajo adecuado. En América Latina, lamentablemente, hemos tenido muchos "historiadores" de este tipo, generalmente hombres con muy buenas intenciones, pero ya se sabe que de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. Aunque también los hay de otro tipo, aquellos cuyas intenciones no son tan buenas, verdaderos estafadores perfectamente conscientes de lo que hacen e incluso de las consecuencias que puede tener su actitud; hombres como Eric Von Daniken por ejemplo, han difundido más que el conocimiento, la confusión y la desorientación. Cualquier profesor de historia que estuviera en ejercicio cuan-

do se estrenó el film "Recuerdos del Futuro" puede atestiguar lo anterior. Y si en algunos casos el hecho no representa más que el menoscabo del trabajo paciente y tesonero de un especialista, en otro y muy particularmente en el mencionado, tiene connotaciones ideológicas muy claramente enfiladas contra el cambio del ordenamiento internacional actual, en el que manifestamente los habitantes del Tercer Mundo somos los perjudicados.

Mientras Europa mantuvo la vanguardia del desarrollo de la civilización o por lo menos, fue imponiendo sus conceptos de civilización al resto del mundo, su fe en el progreso, en el potencial creador del ser humano, fue casi inmovible.

Durante el siglo XIX y comienzos del XX se investigaron las primeras civilizaciones, se valoraron las obras que de ellas conocemos, se descifraron sus sistemas de escritura y se descubrieron los métodos de trabajo que les permitieron realizar obras monumentales o descubrimientos científicos que luego se perdieron y hubieron de ser redescubiertos por la civilización europea por otros caminos. Es la época que Morazé llamó del "Apogeo de la Burguesía" y que nosotros completamos con las palabras "europea occidental". Coincide también con la gran expansión imperialista y una confianza ilimitada en el futuro. La primera guerra mundial socaba las bases de esa situación y la segunda asesta el golpe definitivo a la supervivencia de sus aspiraciones hegemónicas. Desde 1945 para aquí, comienza para el occidente europeo el tiempo de su subordinación a la superior potencia norteamericana. Podríamos decir que inicia su proceso de subdesarrollización, si la designación no recordara demasiado fuertemente extremos de miseria de lo que allí están muy alejados. Sin embargo, como los "tiempos" y "ritmos" de los diversos niveles desde los que pueden analizarse las sociedades son diferentes, en el aspecto intelectual han mantenido un nivel de creatividad y eficiencia significativo y su cultura ha podido seguirse midiendo con éxito con las del resto del mundo. El hecho no es nuevo, España en plena decadencia produjo obras literarias como las de Quevedo, Góngora, Calderón, etc., y vio desarrollarse la escuela sevillana de pintura hasta dar a luz a su representante más ilustre: Diego

de Velázquez. Sin embargo, el peligro de ese prestigio cultural que justamente siguen gozando los europeos en el resto del mundo, reside en intentar una copia acrítica sin considerar que sus creaciones están en función de sus necesidades, que no sólo no son las nuestras, sino que en muchas ocasiones su satisfacción atenta contra nuestras posibilidades de desenvolvimiento. Entendemos que en el caso planteado es así. Es normal que al perder el control y dominio del mundo, e incluso al pasar de dominador a dominado, se modifique la perspectiva desde la que se observa el resto del mundo y la vida en general. El no poder mantener su situación hegemónica y enfrentarse por primera vez en mucho tiempo a problemas cuya solución no está en sus manos, es susceptible de producir una quiebra psicológica y moral que obligue a replantearse los fundamentos de la confianza en las posibilidades de la creatividad humana. No en las mentes más lúcidas por supuesto, pero sí en aquellas menos creativas o profundas, pero más sensibles a la evolución más epidérmica de los estados mentales de las grandes masas y sobre todo, en aquellos que, aprovechando esas mentalidades colectivas, no sienten escrúpulos para enriquecerse diciéndolo lo que de antemano saben que se quiere oír, sin mediar ninguna investigación seria al respecto o aun conociendo los acontecimientos y argumentos que refutarían terminantemente sus conclusiones.

5. PESIMISMO Y OPTIMISMO

De esta forma, no podemos asombrarnos de que el pesimismo histórico de una sociedad cuya hora de gloria tocó a su fin, al menos en los aspectos materiales (y no podemos olvidar que es de una civilización profundamente materialista de la que estamos hablando), comience a dudar que las grandes realizaciones del pasado de otras altas culturas que la antecedieron hayan sido levantadas exclusivamente por los hombres. Entonces hay que suponer intervenciones, no ya divinas, por el descrédito que ha provocado el abuso de éstas, pero si extraterrestres, que se integran muy bien con la nueva mitología de los platos voladores. Ahora no es ya necesario que dios venga a nosotros, sería suficiente si pudiéramos tener contacto con algunos tripulantes de una nave es-

pacial, cosa no tan difícil después de todo, tomando en cuenta la gran cantidad de filmes que atestiguan su posibilidad.

Europa Occidental tiene toda su grandeza en el pasado, que es enorme y pesa mucho. No confía excesivamente en un futuro que se le presenta problemático. Ha perdido sus colonias. No puede descuidarse un momento porque los Estados Unidos de Norte América le arrebatan sus neo-colonias. Una tercera guerra liquidaría sus monumentos y construcciones. La actitud vital generalizada en el europeo contemporáneo es de mirada al pasado. Aquí no se pretende decidir si está bien o está mal, simplemente se constata una situación. Lo exactamente inverso sucede en América Latina; aquí no tenemos edad de oro en el pasado. El mundo indígena fue quebrando definitivamente, su imposible resurrección no serviría para enfrentar los desafíos del siglo XX. Baste ver a cualquier grupo de indígenas a lo largo y a lo ancho de todo el continente, cualquier comunidad que sigue aferrada a ritos y costumbres ancestrales para constatar las palabras del poeta Atahualpa Yupanqui: "Los hombres son dioses muertos / de un tiempo ya derrumbado / ni sus sueños se salvaron / sólo su sombra ha quedado". La colonia fue la prolongación anquilosada de un imperio que vivía su decadencia, no su apogeo y en lo más sustancial de su transferencia nos legó esa decadencia.

Cuando el Imperio quiso renovarse, provocó la independencia. Con algo más de siglo y medio de vida independiente no hemos logrado conformar ninguno de los ideales planteados al inicio. Todavía tenemos que creer en el futuro porque sólo allí puede estar nuestro apogeo, nuestra hora más gloriosa. De allí que la actitud del hombre americano, su situación vital sea la diametralmente opuesta a la europea occidental. Es imprescindible creer en la capacidad creadora del hombre para ponernos a construir ese futuro. Si se logra quebrar nuestra creencia en eso, seguiremos dependiendo de otros (dioses, extraterrestres, hombres más inteligentes, etc.) para salir adelante. Dependiendo de otros no salimos adelante, salen esos otros pero no nosotros.

Si para los europeos occidentales se podrían discutir los beneficios o perjuicios que este tipo de consue-

diáfano su negatividad.

Sólo incitan a la pasividad y ésta tiende a mantener las cosas como están, tiende a perpetuar la dependencia. Toda la literatura, el cine y los telefilmes sobre temas pseudo-científicos que en la última década y media han insistido en el "astronauta" de Palenque, las "pistas" del Perú, lo "indescifrable" de los ya descifrados manuscritos del Mar Muerto, como asimismo en los brujos modernos de "El bebé de Rosemary", "El exorcista", "El resplandor", etc. tienen un claro sentido ideológico, aunque sus autores sean ajenos a ello, que en nuestros países tienden a consolidar supersticiones y formas de pensar que conducen directamente a la dependencia cultural y el mantenimiento de las actuales estructuras internacionales. No tiene la misma significación difundir la superstición y el error en países de alto desarrollo tecnológico, incluso como defensa contra los excesos de una cultura científica que ha invadido casi todos los aspectos de la vida, que hacerlo en sociedades donde para amplias capas de la población el núcleo central que informa sus pautas culturales sigue siendo supersticioso, esotérico, oscurantista. Máxime cuando esa cultura dominante, ha difundido ya entre nosotros su escala de valores altamente materialista, lo que ha dado por resultado, como secuela de las tendencias económicas desarrollistas, cambios en los sistemas de enseñanza que privilegian y valorizan casi exclusivamente la enseñanza técnica, subordinado y desvalorizado por omisión el estudio de las ciencias sociales y las humanidades. Estas disciplinas, parece que quisieran decir las autoridades, son para países ricos que disponen de un buen excedente económico para su cultivo. Los pobres tenemos que tecnificarnos para dejar de serlo y entonces, cuando salgamos de la pobreza ya veremos lo que disponemos para humanidades y ciencias sociales. Sin embargo, habría que hacer notar, como lo han hecho los científicos sociales del último medio siglo, que un tercio de siglo de avances tecnológicos, de desarrollismo y de un crecimiento económico sin precedentes en todo el continente, no nos ha hecho más ricos, porque al hacer esas valoraciones se olvida que pobreza y riqueza son términos relativos y que la brecha que separa a los países ricos de los pobres, no sólo no ha disminuído en las últimas tres décadas, sino que se ha ensanchado

considerablemente, lo cual nos ha hecho más pobres con respecto a este mundo actual, de lo que lo éramos en 1950 con respecto a aquel mundo. La situación debería plantearse en otros términos: si vamos a usar tecnología más moderna, no sólo debemos estudiar su funcionamiento sino también su función y ver para qué y para quién van a ser los beneficios que pueda dar esa nueva tecnología. Aquí entramos de lleno al terreno de las ciencias sociales en general y de la historia en particular, porque aunque esta situación no es exclusiva, por el momento ha tenido efectos más negativos sobre la consideración general hacia la historia que hacia cualquier otra ciencia.

6. DESVALORIZACION DEL HISTORIADOR

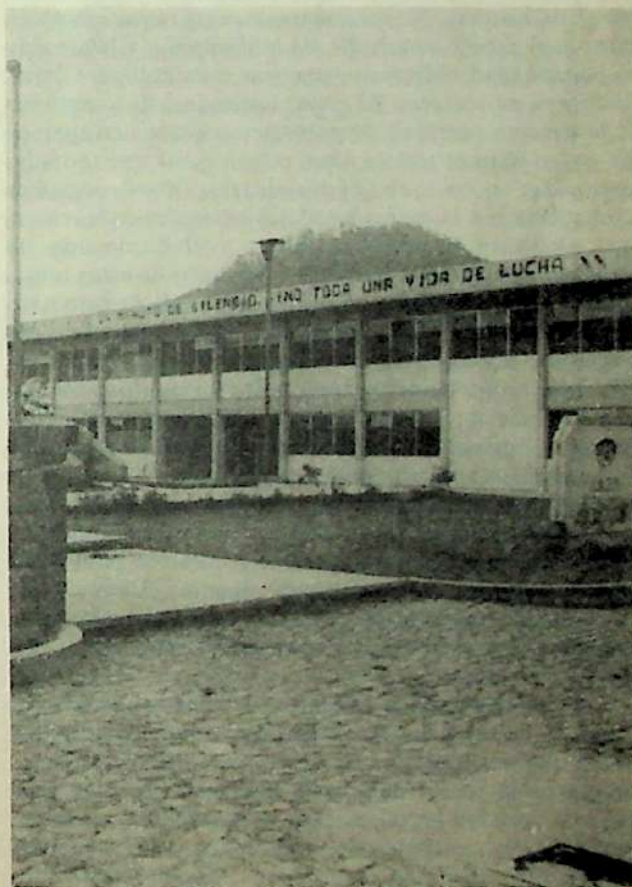
La profesión de historiador ha sido permanentemente desvalorizada. Mientras para hacer un puente no se duda en acudir a un ingeniero y nada más que a un ingeniero, siendo considerado un caso de desequilibrio mental el sujeto que propusiera llamar un veterinario; mientras para curar una herida grave o una enfermedad, en nuestras sociedades se estila llamar a un médico (en el peor de los casos a un curandero) y no a un arquitecto o a un agrónomo, para dar clases de historia o para llevar a cabo una investigación que requiera auxilios históricos se suele llamar a cualquiera, a un abogado, un médico, un cura, un aficionado, la esposa de un militar, en fin, cualquiera que pueda leer un libro de historia, no importa su nivel o calidad, aunque cuanto más elemental mejor, y luego repetirlo verbalmente ante un auditorio, o aun por escrito agregándole cualquier ocurrencia personal y circunstancial. Es muy sencillo; como los historiadores no se ponen de acuerdo, un no iniciado no nota la diferencia entre el discurso de un especialista y un aficionado, cosa que se agrava si el primero tiene dificultad de expresión verbal o escribe en forma aburrida y el segundo se expresa con brillantez y escribe en un estilo ameno y atractivo. En el momento de adjudicar un cargo de profesor de historia, da lo mismo un sujeto que ha dedicado veinte años al estudio del período en cuestión, que otro que posee sus recuerdos del bachillerato y quizá piensa recurrir al mismo texto que usó entonces para re-

frescarse la memoria. Esto ha permitido que la historia haya sido reducida, en muchos cursos, a una tediosa repetición de nombres y fechas que nada significan y para nada sirven, alejando a los alumnos de la posibilidad del goce de la verdadera historia, perdidos en los áridos caminos de una ciencia auxiliar: la cronología.

Esa desvalorización, en gran parte se debe a que la historia misma, como disciplina, despierta actitudes ambiguas. Aunque es encomiada por todos, es sentida como algo prescindible, fácil y sobre todo, como un estudio totalmente subjetivo, donde cada individuo puede decir lo que le venga en gana. Es un problema de mentalidades colectivas. Nuestra época ha privilegiado las ciencias naturales y particularmente las físico-matemáticas que se han mostrado eficientes para mejorar las condiciones materiales de la vida y relegado consecuentemente toda otra forma de conocimiento que no produzca los mismos efectos o en la que no se vea con claridad esa conexión. En otros tiempos, esas mismas ciencias naturales fueron vistas como algo superfluo, como el pasatiempo de algunos excéntricos delirantes. Lo contradictorio de nuestra época radica en que, mientras con las actitudes se manifiesta muy poco respeto por el área de las ciencias sociales, el discurso consciente y público expresa todo lo contrario. Es una disociación, entre el pensar y el sentir. Tan generalizada y grave es dicha disociación, que ha invadido incluso a gran cantidad de científicos sociales en general e historiadores en particular.

Corresponde a otro artículo analizar la utilidad o inutilidad de los estudios históricos; sin embargo es interesante dejar desde ya la reflexión abierta acerca de un hecho muy curioso a la vez que, creemos, significativo: nuestras mejores historias (me refiero a Latinoamérica) las escriben los dominadores. Parecería que ellos valoran más la materia que nosotros y por consiguiente, saben de nosotros o de nuestro pasado más que nosotros mismos. Por supuesto que la investigación histórica depende, como cualquier investigación científica, de la inversión de recursos que en ella se haga. En una civilización materialista y pragmática como la nuestra, el interés que se tiene en algo se puede medir perfectamente por los recursos que se le dediquen. Si tomamos este dato como termómetro para medir la temperatura del interés que se

tiene en algo, entonces no hay ninguna duda que las potencias que nos han dominado sucesivamente desde la independencia de España, han tenido mucho más interés que nosotros en nuestro pasado. Períodos ha habido en que una sola universidad norteamericana ha invertido más dinero en el estudio de nuestra historia que todos los gobiernos latinoamericanos juntos. La reflexión a dejar abierta es: ¿por qué se interesan tanto en nuestro pasado las potencias hegemónicas?



7. DIFUSION DE LA TEORIA DE LA HISTORIA

Para evitar el tipo de confusiones mencionadas, para que los historiadores profesionales sean conscientes de las herramientas que utilizan, del valor gnoseológico de cada una de ellas, para que combatan eficazmente los embates de los aficionados y mercaderes y finalmente, para que su diferenciación se haga notoria con respecto a ellos, incluso para el observador ingenuo, se ha sentido en el medio historiográfico de muchos países la necesidad de discutir y profundizar en los problemas de la teoría de la historia. No solamente por esas causas, también porque el propio desarrollo de la disciplina y la creciente complejidad obligaron a renovar metodología e introducir nuevas técnicas. El mejor testimonio de lo anterior es la enorme cantidad de publicaciones que han aparecido en los últimos treinta años, mayor quizá que todas las aparecidas en cualquier época anterior. Nuestros padres sólo tuvieron a la mano los viejos manuales de los maestros alemanes Bernheim y Bauer y el diccionario de Langlois y Seignobos para el tratamiento de estos temas y su estudio era una repetición acrítica de lo sostenido por esos autores. Desde 1950 para aquí han comenzado a aparecer textos de los más diversos autores y procedencias, que sin pretender abarcar todos los puntos posibles, que también se han multiplicado, abordan temas teóricos de fundamental interés para el historiador actual y de capital importancia para quienes aspiran a integrarse al oficio. Por su diversidad y cantidad, por el antagonismo de sus posiciones, esos textos mueven a la reflexión y la polémica mucho más que a la aceptación pasiva, pudiendo servir de barómetro para registrar el interés que los aspirantes a historiadores tienen efectivamente en la disciplina, a través del que despierten para sostener discusiones vigorosas.

Quizá nunca se abrieron debates tan ardorosos como en nuestra época en torno al valor cognoscitivo de las nuevas técnicas, al ser y a los "motores" de la historia, a la forma de entrelazarse los diferentes niveles de la realidad social, al papel del individuo en la historia, al valor y utilidad de la disciplina, a los modernos marcos teóricos desde los cuales es posible encarar los fenómenos históricos, etc. Debates en los cuales, los his-

toriadores del Tercer Mundo no podemos resignarnos a ser simples espectadores, porque si queremos verdaderamente lograr la valorización de nuestra disciplina, debemos comenzar por tener clara la forma de hacer historia que sirva a los intereses de nuestra región y no sea mera aplicación repetitiva de los preceptos emitidos por los "monstruos sagrados" de las metrópolis desarrolladas. Tal vez por ese camino logremos transmitir y contagiar a la sociedad nuestra convicción acerca del valor y la importancia que para nuestro desarrollo integral como sociedades tiene el conocimiento profundo de la historia. Conocimiento imprescindible si queremos fijarnos, con criterios realistas, objetivos alcanzables en el futuro, si queremos definir con claridad lo que como sociedades aspiramos a ser, única forma de poder definir rutas hacia el porvenir absolutamente independientes y de escoger adecuadamente los métodos y las técnicas que el mundo actual pone a nuestro alcance, rechazando las que no nos sirvan aunque su hermosura y seducción sean difíciles de resistir.

8. EL VOCABULARIO DE LA HISTORIA

No podemos ni debemos ocultar que mucho de lo avanzado en el terreno de los estudios historiográficos, se debe al influjo que las otras ciencias sociales han ejercido sobre la historia aunque, también corresponde hacerlo notar, ésta ha sido la que ha manifestado una apertura mayor para asimilar disciplinas colindantes y prestarse como auxilio de las otras, promoviendo la interdisciplinariedad, no sólo en el área de las ciencias sociales, sino incluso en de las naturales y exactas. Pero esta virtud es también parte de su debilidad, porque al asimilar métodos y recursos de sus hermanas, también adopta su vocabulario, siendo un caso bastante peculiar de una ciencia que no tiene un vocabulario técnico especializado propio, porque no crea términos para designar sus hallazgos, sino que los toma tal como los encuentra. Es posible que este desinterés por elaborar un vocabulario técnico individualizador más o menos extraño al no iniciado, incida en forma considerable en la desvalorización que señalábamos más arriba. Como su vocabulario es accesible a todos, se supone que su dominio también,

aunque no se tenga una formación especial como la requerida para ser médico, arquitecto o paleontólogo. Pero además el vocabulario asimilado de otras ciencias sociales, muchas veces responde a marcos teóricos muy diferentes y aún antagónicos, lo cual promueve la confusión en el no iniciado y el descrédito de la disciplina. Un ejemplo típico que surgió hace poco tiempo son los vocablos "estructura" y "coyuntura". El comienzo de su utilización en ciencias sociales puede remontarse a Marx y Saussure en el siglo pasado, sin embargo su difusión se produjo a partir de la obra de Claude Lévi Strauss, pero como muy bien lo ha puntualizado Caio Prado Junior⁸ la definición de ambos términos no era unívoca ni clara en el modelo original, por lo que los historiadores la trasladaron manteniendo la confusión inicial, sin poder ponerse de acuerdo, fundamentalmente por carecer de bases teóricas profundas para encarar el problema con solvencia.

En los años sesenta, Ferdinand Braudel, heredero de la escuela francesa de los Annales, las identificó con el problema de las duraciones, retomando viejas ideas del gran maestro Marc Bloch⁹ y puso un poco de orden en el uso de ambos términos e inició una fecunda polémica al volcar el peso de los estudios históricos hacia los fenómenos de larga duración, debilitando los vínculos que la historia (en tanto disciplina) había mantenido tradicionalmente con los acontecimientos. De forma tal vez inconsciente, la gran mayoría de los historiadores siempre habían centrado sus explicaciones en la larga duración, aun en obras plagadas de acontecimientos. De otra manera no sería explicable el interés de griegos, romanos renacentistas e iluministas en iniciar sus obras en el origen de las sociedades para poder entender el período que querían explicar que generalmente era su propio presente o su pasado inmediato. Sin embargo las pocas obras dedicadas a su teoría o los pocos párrafos que aquí o allá adornaban las obras de historiadores concretos, insistían demasiado en lo episódico, en que la historia estudiaba acontecimientos únicos e irrepetibles; aun los positivistas que acuñaron la expresión "hecho histórico" y pusieron el acento sobre los fenómenos sociales, no escapaban a estas limitaciones. Sin embargo, pese a tantos antecedentes ilustres, la tarea de Braudel al hacer cons-

ciente algo tan largamente mantenido en forma inconsciente, provocó discusiones acaloradas, no sólo por lo que implicaba desde el punto de vista teórico, sino por los excesos en que él mismo incurrió en razón de su vinculación con la en ese entonces recientemente aparecida escuela de la "historia cuantitativa"

Otro caso completamente diferente de la falta de autonomía de la historia en cuanto al vocabulario de que se sirve, lo constituye la adopción con carácter técnico de palabras de uso cotidiano, que en la consideración general no tienen la precisión deseable para su uso científico. Un ejemplo ilustre en ese sentido lo constituye el uso de toda forma idiomática que se deriva de la palabra "feudo" o "feudal". Su uso a partir de la alta Edad Media sufrió las transformaciones propias de cualquier palabra sometida a la acción del tiempo. En el siglo pasado el marxismo realizó una primera delimitación caracterizando el término como el correspondiente a un modo de producción, categoría teórica bastante compleja que ha sido reducida por los malos vulgarizadores al rango de forma de organización económica. La latitud con que ha sido tratada dicha forma organizativa ha permitido a ciertos historiadores incluir en el concepto cualquier tipo de relación económica no capitalista y extender su pertinencia a muchos rincones del planeta y períodos históricos que nada tienen que ver con las formaciones sociales que generaron la palabra. Para otros marcos teóricos no marxistas los términos emparentados con feudalismo se refieren a un vínculo jurídico personal, atendiendo al origen del fenómeno y a la etimología de la voz "FEUDO". En otros casos ha sido conceptualizado como una forma de organización política y desde este punto de vista, se ha usado para cualquier época y lugar donde el poder político se ha disgregado, real o aparentemente, en pequeñas unidades donde personas físicas ejercen vitalicia y hereditariamente las prerrogativas que en nuestras sociedades son los atributos típicos del estado.— Esta situación ha conducido a discusiones estériles porque ambos contendientes aunque usando los mismos términos no podían encontrar un terreno común de discusión puesto que se referían a cosas absolutamente diferentes.

Un ejemplo más actual y dramático lo constituye el término "Fascismo". Retomado al finalizar la

primera guerra mundial, aludiendo a la grandeza del Imperio Romano, fue usado como distintivo de un partido político que asumió el poder en Italia en 1922. Por afinidad ideológica se extendió a otros partidos de diferentes países, algunos de los cuales llegaron al gobierno. Una de las características de tales partidos era la glorificación del estado y la aspiración totalitaria expresamente declarada. Los que llegaron a gobernar impusieron regímenes altamente represivos. Si limitamos su caracterización a estos pocos rasgos, podemos aplicar el vocablo a gobiernos tan disímiles como el de Azurbanipal, Dioclesiano, Luis XIV, Napoleón III, Guillermo II y muchos de los dictadores que tanto hemos padecido en América Latina. Con esa amplitud, el término no sirve para la caracterización científica de un fenómeno muy particular, con marcos temporales muy nítidamente delimitados. Si además se agrega que congregaron movimientos de masas de enormes magnitudes, encuadrando a la casi totalidad de la clase media, que exaltaron el nacionalismo a los niveles de agresividad más altos que se han conocido, que ese nacionalismo se tradujo en una auténtica defensa del interés nacional en todos los terrenos incluido el económico, entonces nos vamos acercando más a la delimitación precisa de un acontecimiento histórico (altamente significativo) en todo el mundo en el siglo XX. Pero al margen de esta precisión, los vocablos emparentados con la palabra fascismo adquirieron durante la segunda guerra mundial y especialmente a su fin, un carácter peyorativo tan unánimemente aceptado en todo el mundo, que su utilización en la jerga política se generalizó para aplicarlo a cualquier régimen represivo o anti-popular aunque como sucede en el caso concreto de nuestros países latinoamericanos, esos gobiernos actúen en el campo económico como fuerzas desnacionalizantes. Para el historiador es importante aclarar con precisión el alcance de la palabra cuando deba usarla. Para el político es importante conservarlo como un concepto difuso en el que se subsumen todos los valores negativos que pueda uno imaginarse. La historia no puede tomarlo así, debe reconocer con Abraham Lincoln que "en política (yo agregaría "en la vida") no hay hechos malos ni hechos buenos. Todos los hechos tienen algo de malo y algo de bueno...". Lo bueno siempre es rescatable y de hecho el

historiador tiene que poner de manifiesto los aspectos positivos del fascismo que fueron retomados por las democracias modernas y que todavía perviven en nuestras sociedades.

9. EPISTEMOLOGIA E HISTORIA

Por otro lado, fuera del campo académico y aun en pequeños ámbitos académicos ocupados en otras disciplinas, todavía se siguen discutiendo las posibilidades de la historia para constituir una materia susceptible de tratamiento científico. Dentro del campo historiográfico esta cuestión ha sido zanjada medio siglo atrás. Por supuesto que tiene que ver no sólo con los cambios ocurridos en los estudios históricos, sino también con la evolución que ha tenido el concepto de CIENCIA. Todavía en 1967, el filósofo Walsh decía: "... el pensamiento histórico es por lo menos, después de todo, una forma de pensamiento peculiar, coordinada con el pensamiento científico, pero no reductible a él"¹⁰.

Para una civilización como la europea del siglo XIX, en la que la fe en la ciencia se había constituido en el eje ideológico que desplazó a la religión del centro de las convicciones humanas, al punto de que ya no era la palabra de dios sino la de la CIENCIA la que justificaba el derrotero de las acciones humanas, la "respetabilidad" de cualquier disciplina de estudio sólo podía establecerse cuando fuera admitida su condición científica. Ese fue el impulso que justificó el esfuerzo de los positivistas, culminando en nuestro siglo con discusiones de las que actualmente sólo oímos los últimos ecos lejanos y atenuados. Pero en su momento el problema llevó a los historiadores a ocuparse de la epistemología y establecer con esta disciplina un terreno común para el cambio de ideas.

En la actualidad se han debilitado esos contactos y muchos estudiantes de historia avanzados no saben explicar a un neófito los fundamentos que permiten incluir a la historia entre las ciencias sociales, ni tienen una idea clara de los principios que informan al conocimiento científico. La responsabilidad principal recae, por supuesto, sobre quienes les hemos impartido la asignatura, pero también juegan otros factores. En primer término el

desinterés de los alumnos por una materia a la que no le ven un uso práctico inmediato.

En segundo término, la dificultad que encuentran al abordar temas teóricos en una carrera enfrentada casi en su totalidad con problemas prácticos; de allí que los estudiantes de filosofía generalmente manejen con más soltura estos problemas. En tercer lugar, a que los propios autores se han desinteresado del asunto en los últimos tiempos, puesto que lo consideran superado y su tratamiento haya sido relegado a los estudios de epistemología, generalmente demasiado áridos. Por último, sin pretender que esta búsqueda de motivos sea exhaustiva, a que la propia epistemología y tras ella casi todo el campo académico, siguen considerando a la física como el paradigma de las ciencias fácticas, como el modelo al cual deben ajustarse todas las demás ciencias. Esto tiene por consecuencia que la enorme mayoría de los ejemplos con que apoyan sus afirmaciones provengan de esa disciplina, dejando a menudo a quienes no están familiarizados con ella en la incomprensión de las aplicaciones prácticas de sus principios. Así se explica el desgano con que los estudiantes de ciencias sociales encaran esta disciplina y la aridez que encuentran en su estudio.

Sin embargo, un detenido estudio de estos problemas manejando la historia y la situación actual de la misma física, podrían permitir reflexionar con más seguridad y profundidad acerca del mismo quehacer histórico. Ver, por ejemplo, que la multiplicidad de puntos de vista acerca de un mismo problema, no es una característica exclusiva de nuestra disciplina, sino un aspecto común a TODAS las ciencias fácticas, como veremos a su debido momento, derivada fundamentalmente de la diferencia entre el funcionamiento mismo de la naturaleza y el conocimiento que de ese funcionamiento podemos adquirir.

10. CONCLUSION

No podemos enumerar aquí todos los problemas que puede enfrentar la teoría de la historia. Por el momento ningún autor ha intentado hacerlo. Por tanto nos limitaremos a enumerar funciones importantes que cumple la disciplina dentro de la carrera y la importancia que

tiene su estudio en nuestra facultad.

1o.) La función inicial, parece razonable que corresponda a definir adecuadamente el vocablo, tomando en cuenta su origen y evolución, como asimismo algunas de las varias definiciones que del mismo se han dado. Poner de manifiesto la ambigüedad de su uso y los resultados que la confusión puede acarrear. Expresar aquí la posición de los dualistas y de los monistas idealistas y las consecuencias que esto tiene sobre las posibilidades de un campo autónomo para la moderna filosofía de la historia. En definitiva, plantear la diferencia entre los aspectos ontológicos y gnoseológicos.

2o.) En segundo lugar, destacar el enorme enriquecimiento que ha sufrido en el último siglo, con la ampliación de su campo de estudio al contacto con las demás ciencias sociales y el surgimiento de especializaciones. Destacar el peligro que significa para un especialista perder de vista la totalidad con algunos ejemplos recientes. También conviene destacar aquí las determinantes que actúan sobre el propio historiador y la forma en que esto se refleja en su trabajo. Enseña a leer críticamente.

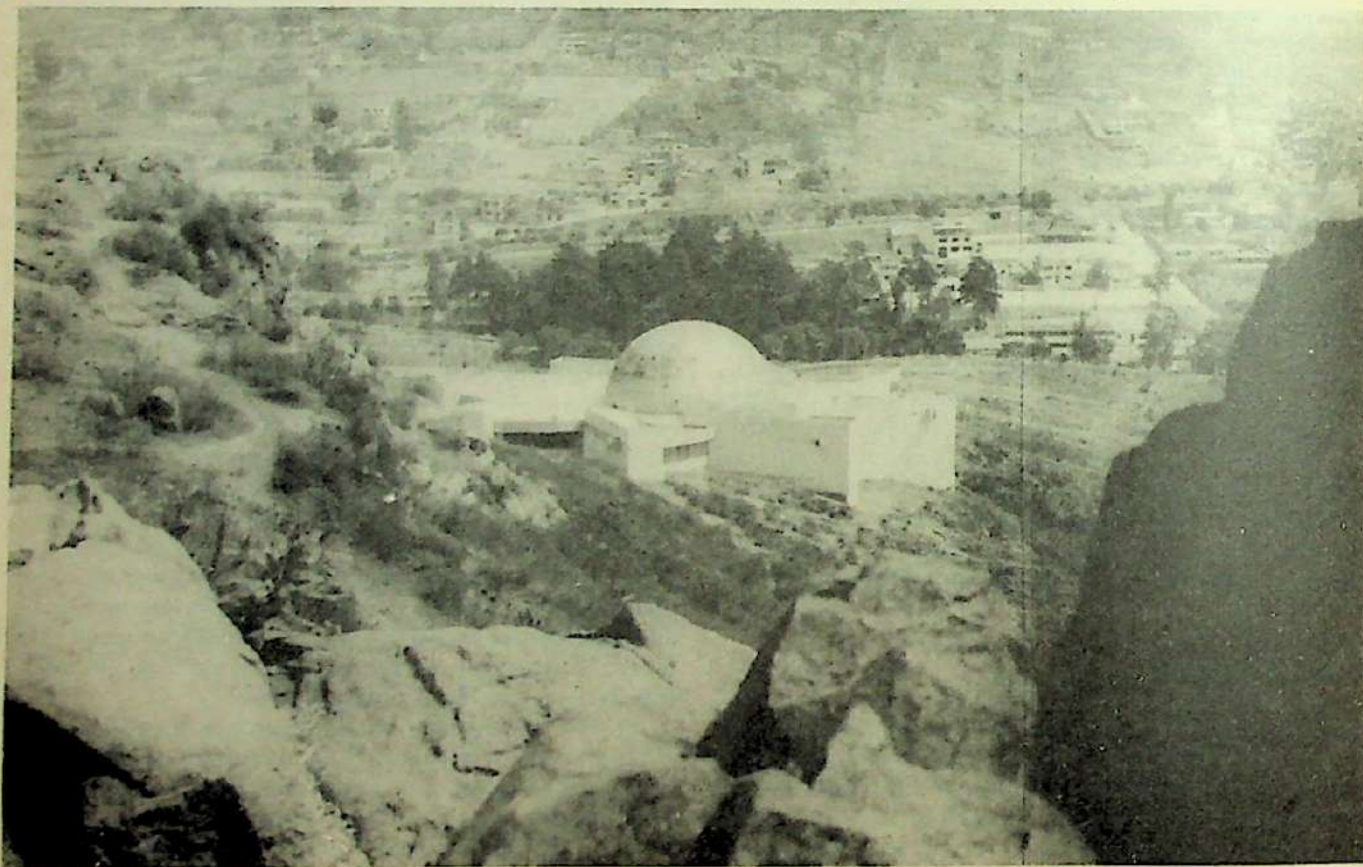
3o.) Acostumbrar al alumno a pensar en términos abstractos, y llevarlo a la reflexión sobre los temas teóricos de la materia. Calibrar así la importancia de los mismos en los tiempos actuales para una práctica fecunda y efectiva de la profesión. En este terreno es muy importante el problema de la explicación en historia y los paralelismos o divergencias que las diferentes escuelas plantean con respecto a las ciencias de la naturaleza, especialmente la física. El historiador que no conoce la teoría, no sabe en que marco teórico está ubicado, por tanto no sabe con exactitud qué es lo que busca en la historia y cómo tiene que indagar el pasado. Es un aficionado pero no un profesional consciente de lo que está haciendo. Se maneja con principios que quizá, de haberlos meditado adecuadamente, no estaría de acuerdo. Es un ciego que tantea la oscuridad. "Sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible".¹¹

4o.) Desarrollar en los futuros historiadores una actitud acorde con lo que la historia significa en nuestra época. En otros tiempos la historia fue usada como material propagandístico y cualquier violación de la verdad conocida estaba justificada en aras del objetivo principal.

También hubo períodos en los que la falta de testimonios y conocimientos no era obstáculo para la confección de una historia que incluyera detalles de todo tipo. En la actualidad se valora el trabajo histórico en la medida en que sirva para comprender por qué el presente es como es y permita planificar con bases sólidas los cambios que la sociedad tolere. En este sentido la historia se ha erigido como una realidad en sí misma. Si tiene que ayudar a entender nuestra circunstancia debe tratar de establecer con absoluto apego a la verdad y a la objetividad explicaciones coherentes sobre el pasado. Pero como la hacen historiadores que antes de serlo son hombres, como cualquier otra disciplina de estudio, es imposible alcanzar la verdad total, de allí la necesidad de desarro-

llar en los futuros historiadores una escala de valores que privilegie estos. Cuanto más apegado a la realidad sea el conocimiento que tenemos de ella, más probabilidades de tener éxito tienen los planes que para mejorarla emerjan de ese conocimiento.

5o.) Otro aspecto a analizar y destacar teóricamente es la relación que la historia guarda con las demás ciencias sociales en primer lugar y con el resto del conocimiento humano en segundo término. También en este punto falta la unanimidad. Un lustro atrás el Dr. Pérez Amuchástegui seguía diciendo: "Por nuestra parte, declaramos que en nada nos preocupa buscar acercamientos ni proponer límites entre las llamadas "ciencias sociales", pues tal preocupación nos parece inconducente;



creemos que el saber —todo el saber, no sólo el social— está multivinculado y, por lo mismo, los límites se tornan precarios; cuanto más avanza el saber, más se advierte que los presuntos límites son cada vez más “frenteras”, vale decir menos límites”¹². Con un sentido del matiz más desarrollado, Lucien Febvre había escrito en 1933; “Ni una sola concesión al espíritu de especialidad, que es el espíritu de la muerte Es así como se hará sensible a todos la unidad del espíritu humano; esa unidad que oculta la abundante producción de las pequeñas disciplinas contentas de su autonomía y aferradas desesperadamente —también ellas— a una AUTARQUIA tan vana en el dominio intelectual como funesta en el campo económico. Hagamos unos y otros, cuando haya ocasión, tratados y manuales de nuestra respectivas ciencias: es una necesidad práctica. Pero sólo tendrán VALOR HUMANO cuando estén animados por el amplio espíritu de unidad científica . . . ”¹³ De todas formas, estas opiniones no han invalidado una evolución que ha tendido permanentemente a descomponer el campo científico en especialidades cada vez más pequeñas. Es una imposición del acrecentamiento del saber, que tal vez, con los ordenadores modernos se comience a revertir en estos tiempos pero que, como todo proceso contemporáneo, todavía no somos capaces de comprender. Hasta ahora la evolución es hacia la fragmentación y la especialización, lo que ha producido un afán desmedido en algunos casos de fijar límites, niveles de análisis y deslindar responsabilidades, esterilizando los intercambios y contactos enriquecedores. Felizmente vivimos una época en que parece haberse diluído el afán clasificatorio que los positivistas infundieron a generaciones de científicos sociales. Al menos en historia, hoy no se concibe un investigador que no se interese por los avances de la economía, la antropología, la sociología y demás ciencias sociales e incluso de la física, química, etc., y aún las matemáticas. A pesar de todo, esto no invalida la necesidad de saber deslindar perfectamente las responsabilidades y tener una clara noción del lugar que ocupa la disciplina que uno practica.

6o.) Destacar la importancia de atender al presente; de tanto repetir que la historia se ocupa del pasado, muchas veces se olvida la vinculación intensísima que

tiene con el presente y la necesidad imperiosa del historiador de conocer como mínimo tan bien el presente que como ser social vive, como el pasado que es el objeto de sus interrogantes. Porque su interrogación al pasado tiene como punto de partida su conocimiento del presente; “Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida” dijo Henri Pirenne a Marc Bloch, según relata el último¹⁴. “Organizar el pasado en función del presente: eso es lo que podría denominarse función social de la historia”, decía Lucien Febvre y un poco antes: “. . . es en función de sus necesidades presentes como la historia recolecta sistemáticamente, puesto que clasifica y agrupa los hechos pasados. Es en función de la vida como la historia interroga a la muerte”¹⁵. Más recientemente Jean Chesneaux quiere ir aún un poco más lejos: “. . . es preciso acometer a fondo, es preciso afirmar en principio la **primacía** del presente sobre el pasado. . . . Es preciso, y esto trastorna todavía más nuestros hábitos, tomar en cuenta el hecho de que la reflexión histórica es regresiva, de que funciona normalmente a partir del presente, EN SENTIDO INVERSO DEL FLUIR DEL TIEMPO, y que ésta es su razón de ser fundamental”. y más adelante sigue: “Si el presente tiene primacía sobre el pasado, es porque únicamente el presente impone y permite cambiar el mundo”¹⁶.

7o.) Analizar los métodos. Se puede abordar el estudio del pasado con muy diversas herramientas, pero conviene antes de hacer la selección, saber positivamente para qué sirve cada una y cuál es su grado de efectividad. El historiador dispone en la actualidad de una amplia gama de métodos, técnicas y preceptos que generalmente son seleccionados en función del tema escogido. Lo que no siempre se conoce al escoger un método o una técnica es el grado de confiabilidad que tienen los resultados obtenidos con ella. De allí que la reflexión teórica sobre el valor de los instrumentos prácticos sea de altísima importancia para lograr trabajos significativos. Cuando se hacen extrapolaciones por ejemplo, o cuando se toman técnicas de la economía o sociología u otra ciencia social moderna para aplicarlos a períodos pasados, debe calibrarse con cuidado el valor de los resultados para no caer en afirmaciones categóricas que sólo

pueden provocar sonrisas, aún en lectores no especializados, como ha sucedido con algunos trabajos de la escuela de historia cuantitativa por ejemplo¹⁷. Es precisamente la teoría la que proporciona las herramientas para evaluar justamente cada método o técnica en sus utilidades concretas. Aquí entra también lo visto en cuanto al empleo de ciertas palabras y la formación de un vocabulario técnico propio, si no de la historia, sí de las ciencias sociales en general.

8o.) Finalmente, una de las funciones más importantes que tiene el estudio de la teoría de la historia, es formar en el historiador profesional, a través de la reflexión sobre su quehacer y su función social, una conciencia que le permita no sólo estar en condiciones de defender su trabajo ante cualquier otra persona, sino también realizarlo de tal forma que aun los no iniciados sientan la diferencia del mismo con el realizado por ocasionales y/o aventureros. Sin lugar a dudas, ésta será la forma más efectiva de valorar la profesión ante propios y extraños.

NOTAS

1. FERRATER MORA, José. *Diccionario de Filosofía*. Ed. Alianza, Barcelona 1982. Tomo 2, página 1177 a 17780.
 2. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*. 13va. Edición, Madrid 1956.
 3. BLANCHE, Robert. *La Epistemología*. Ed. Oikos-Tau, Barcelona 1973, página 114.
 4. DRAY, William H. *Filosofía de la Historia*. Ed. UTEHA. México, 1965, páginas 1 y 2.
- WALSH, W. H. *Introducción a la Filosofía de la Historia*. Ed. Siglo XXI. México, 1980, página 9 y sigs.

5. DRAY, William H. O. Cit. pág. 1.
6. FEBVRE, Lucien. *Combates por la Historia*. Ed. Ariel. Barcelona, 1975. páginas 183 a 217.
7. En el caso de las ciencias naturales, tenemos un buen ejemplo en la mayoría de los integrantes del "Círculo de Viena", cuya formación era filosófica y en autores como Newton, Wehwell, etc. En lo que concierne a la historia tenemos a los citados Dray y Walsh por el lado filosófico y Febvre, Bloch, Braudel, Pereyra y cientos más por el campo historiográfico.
8. CAIO PRADO JUNIOR. *O Estructuralismo de Lévi-Strauss. O Marxismo de Louis Althusser*, citado por CARDOSO, Ciro F.S. y PEREZ BRIGNOLI, H. *Los Métodos de la Historia*. Ed. Grijalbo. México, 1977. Página 58.
9. BRAUDEL, Ferdinando. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Ed. Alianza, Madrid, 1968. página 60 a 106.
10. WALSH, W. H. Op. Cit., página 14.
11. FEBVRE, Lucien, Op. Cit., página 179.
12. PEREZ AMUCHASTEGUI, Antonio J. *Algo más sobre la Historia*. Ed. Abaco de Rodolfo Depalma. Buenos Aires, 1979. Página 37.
13. FEBVRE, Lucien Op. Cit., página 160-161.
14. BLOCH, Marc. *Introducción a la Historia*. Ed. F.C.E. México, 1967. Página 38.
15. FEBVRE Lucien. O. Cit. página 245.
16. CHESNEAUX, Jean. *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* Ed. Siglo XXI. México, 1981. Páginas 60 a 70.
17. En CARDOSO, Ciro F.S. y PEREZ BRIGNOLI, H. Op. Cit., página 52.